

O´HIGGINS, RIQUELME & ARTEAGA, LATORRE, PRODUCCIONES TEATRO

Por Gustavo Meza Wevar

¿Por qué después de dos siglos son tan pocos los que han aprendido la gran lección de Bernardo O´Higgins alias *el huacho Riquelme*?

Un padre de la patria cree que hacer arte es hacer patria.

La oligarquía nacional, mal llamada ‘fronda aristocrática’ y sus descendientes se han esforzado a través del tiempo por presentarnos un O´Higgins pazguato, rufiancete, mentecato, obtuso y semi-analfabeto. Nada más alejado de la realidad, si tenemos en cuenta la educación que planificó para él, su padre. Ésta, que se inicia en un colegio para señoritos en el Virreinato del Perú, culminará en Richmond, Inglaterra, lo que nos permite comprender su constante interés por las artes en general y, en particular su interés por el Teatro. Para el joven Bernardo no pasa desapercibido el hecho de que en Inglaterra el broche de oro de las celebraciones de los grandes acontecimientos nacionales culminen con la representación de una obra de teatro, a veces, (remítase a Shakespeare) escrita especialmente para dicho evento. ¿Por qué el teatro? Por ser la síntesis de todas las nobles artes reunidas en un solo espectáculo. Y un pueblo que no tiene acceso al arte como hacedor u observador-añadirá-es un pueblo que no tiene alma. Esto lo impulsará a construir la primera sala de teatro del Chile independiente en la que debería presentarse un espectáculo que celebre los acontecimientos ciudadanos de la nación con el estreno de una obra teatral.

Manos a la obra.

En 1819 el Director supremo de la República de Chile encarga a su edecán, Comandante Domingo Arteaga, la construcción de una sala de teatro. Ésta debería tener telón de boca, foso de orquesta y palco para las autoridades. Además, habría que crear una compañía teatral que fuese capaz de representar dramas y comedias que sirviesen de

entretenimiento y enseñanza a los ciudadanos de esta naciente república.

Arteaga que, al igual que su superior, es un culto civil vestido de soldado por las circunstancias, sabe que hay maneras de conseguir lo imposible; la construcción de una sala de espectáculos no es un gran desafío para él, la tarea de transformarse en empresario teatral, eso sí, parece insalvable. Después de varios fracasos, se le ocurre la arriesgada idea de convertir a los soldados españoles que están presos en Quillota en flamantes actores.

Ventajas: a) disponen de todo el día para ensayar, b) no están en situación de imponer condiciones económicas, c) pueden aportar a las mujeres que la obra necesite, ya que los cautivos de ese entonces estaban autorizados a tener compañía femenina permanente.

La fecha del estreno está determinada, será el 20 de agosto de 1820, fecha de la partida de la Escuadra Libertadora con destino al Perú, que coincide con el natalicio de don Bernardo. ¡El telón de boca de esta epopeya se abrirá el día a la hora fijada! - asegura el comandante Arteaga a su superior jerárquico- quien de ahí en adelante lo consultará a diario por los avances de la empresa.

La obra.

Se elige la tragedia neo-clásica *Catón de Utica*, del autor inglés Joseph Addison (1672-1719), obra libertaria y moralista, que cuenta la historia del acérrimo oponente a la tiranía de Julio César quien, después de la batalla de Tarso (año 46 AC), prefiere el suicidio a la humillación de rendirse al dictador. Es más que probable que el Director Supremo haya visto y admirado la representación de esta obra en Inglaterra (hay en ella pensamientos muy identificables con su temperamento, algunos ejemplos: "amargas son las raíces del estudio, pero los frutos son dulces"; "nunca se está menos solo que cuando nadie te acompaña"; "la primera virtud es frenar la lengua y es casi un dios aquel que teniendo la razón sabe callarse"). También es probable que el haya sugerido como traductor, al poeta argentino Bernardo Véliz.

Los intérpretes.

El asentista Nicolás Aldana ha sido enviado al campo de detenidos de Quillota donde ha realizado el primer *casting* de la historia de Chile, él será el encargado de seleccionar a los actores y su buen tino lo hace aceptar la ayuda que le ofrece el coronel español Latorre, fanático del arte teatral a quien ve tan entusiasmado y seguro, que lo designa de inmediato *regisseur* oficial de la nueva compañía. Latorre ya tenía a su haber varios fracasados intentos de organizar representaciones teatrales que alejaran a sus compatriotas prisioneros del ocio y la desidia. Explica Miguel Luis Amunátegui: "El canje de prisioneros no era fácil de realizar y como no se quería echar sobre el Estado el pago de la manutención de los prisioneros, se adoptó el arbitrio de hacerlos trabajar en obras públicas o arrendando sus servicios a particulares. ¿No era mejor ser actor que trabajador forzado? Ese y otros incentivos que les otorgaban sus propios captores hicieron tan atractiva la aventura que todos los cautivos inventaron *curriculum* dignos de un actor argentino moderno. Fue así como se pusieron incondicionalmente en manos del director de escena, quien además, según testimonio de Zapiola, "fue el primer maestro" que tuvieron estos improvisados y desconocidos actores y al cabo de unos años, los más destacados se convertirían en ídolos del público santiaguino. Es el caso del Sargento Francisco Cáceres, oriundo de Sevilla, quien cae preso después de la toma del fuerte de Valdivia por Cochrane (3 de febrero de 1820) y llega justo a reforzar con su voz y sus excelentes condiciones interpretativas de actor de carácter, al elenco básico creado por el comandante chileno y el coronel español, transformados ya en empresario y director artístico por decreto del Director Supremo de la nueva República. Agrega Zapiola a los talentos de Latorre, el haber escrito un libro llamado "Alcorán del Teatro", tratado que contenía las revelaciones sagradas de su Mahoma teatral que era nada menos que el gran Talma, su maestro y actor favorito de Napoleón.

El sueño de todo productor de contar con un público cautivo, se cumple aquí en la quimera de un director, que es tener un elenco de actores cautivos, que no tienen otra actividad posible que ensayar la obra.

Luego de algunos meses de arduo trabajo en Quillota, el Ministro de Guerra, don Ignacio Zenteno, da su autorización para trasladar, aunque engrillados y con severa vigilancia, a los actores-presidarios a la ciudad de Santiago.

La sala.

Arteaga ha encontrado un edificio satisfactorio para abrir el nuevo coliseo. "Por decreto gubernativo perentorio, se expropió la casa del realista en rebeldía Ignacio Arangua, situada en al calle Catedral, frente a espacio abierto, conocido como Plazuela O'Higgins, pagando eso sí, un arriendo mensual de 850 pesos anuales". Aldana se hizo cargo del edificio y contrató los servicios del maestro mayor de carpintería, Francisco Alvarez, para rehabilitar el local. Después de dos meses de incesante labor, el nuevo teatro estaba presentable. El 11 de julio de 1820 el arquitecto municipal don Vicente Caballero asegura en su informe: "Habiendo examinado con escrupulosidad su construcción y firmeza, lo encuentro en condiciones de resistir cualquier empuje de huracán o movimiento de tierra, advirtiendo a usted que se han remediado los pequeños defectos que tenía y no se debe dudar que está al día en cuanto a normas de seguridad", (Gaceta Ministerial de Chile). En su interior se ha instalado una platea de asientos movibles y una extensa galería. Tal como lo había pedido don Bernardo, dos palcos para las autoridades, un foso de orquesta y un telón de boca, en cuyo centro se ha estampado con letras doradas un verso de Vera y Pintado:

*"He aquí el espejo de virtud y vicio
Miraos en el, y emitid el juicio"*

El resto del telón ha sido decorado por el conocido maestro Mena, de quien dijo Pérez Rosales, que si pintaba un árbol, trazaba una raya perpendicular con una cachiporra encima y si no le ponía un letrero que decía "este es un árbol", era porque no sabía escribir.

El público.

La sala está colmada, no sólo por la curiosidad ciudadana sino que además el comandante Arteaga ha bajado notablemente los precios: dos pesos los palcos, dos reales la platea y un real la galería o gallinero. El Director Supremo, sus familiares y sus ministros están presentes. Predominan en la platea los trajes militares de amplias charreteras doradas. Los civiles a la última moda: chaqué o levita, calzas de espumilla, medias largas y zapatos de becerro. Las mujeres van vestidas con la elegante sencillez de la moda inglesa, mientras que las plebeyas, acompañadas en su mayor parte por militares, envueltas en democrático pañuelo de rebozo. Seguramente Latorre, ducho en estas lides, ha mirado por "el ojo del telón", tradición ancestral que Pedro Sienna homenajeará en verso 100 años más tarde:

*...a veces me gusta bajar al escenario
y mirar por el centro del ojo del telón*

*Ah, respetable público de butacas y palcos
que desprecias el nombre de nuestra condición
y nos miras cubiertos de pinturas y talcos
como quien ve muñecos de animado cartón*

*Ah, respetable público, ahora es mi desquite;
dragón de mil cabezas, te acecho en mi escondite,
tú estás desprevenido...yo soy todo atención.*

*Ah, respetable público, insigne comediante
del honor, el dinero, el escote y el guante,
permite que te aplauda: haces bien la función*

Entre cajas se da "la tercera", aviso que indica a todos estar en sus puestos para el inicio de la función y a los acordes de la primera canción nacional, compuesta por el inolvidable artista Manuel Robles, músico, torero, violinista y bohemio, el público se pone de pie y canta con

patriótico entusiasmo. Luego un largo aplauso...silencio... y... se abre el telón.

El comandante del ejército chileno Domingo Arteaga, el coronel español Latorre y sus vencidas huestes, el carpintero Francisco Vargas, Manuel Robles y tantos otros, pero sobretodo los testarudos genes irlandeses de O'Higgins, ¡¡han ganado esta importante batalla!! ¡¡la primera y más conmovedora epopeya de la cultura nacional !!